

¿PODEMOS HOY SEGUIR AFIRMANDO QUE “JESÚS ES EL SALVADOR DEL MUNDO”?

¿Podemos, hoy, dentro de los grandes cambios propiciados por los espectaculares avances técnico/científicos; por la mentalidad secular, tan extendida en el mundo -sobre todo en Occidente-; y ese legítimo pluralismo, que pide diálogo por encima de todo dogmatismo o pretensión hegemónica-..., seguir afirmando que Jesús es el Salvador del mundo, mi Salvador (como hace con tanta frecuencia la oración litúrgica de nuestras Iglesias)? ¿No puede ocurrir -como de hecho ocurre-, que se nos acuse a los cristianos de pretender una superioridad fanática sobre el resto de las religiones del mundo? ¿Acaso no se pueden considerar salvadores del mundo a personajes tales como -por poner claros ejemplos- Sócrates y Buda?

Y, aunque nos fuere lícito seguir llamando a Jesús Salvador del mundo, ¿en qué valores universales del espíritu humano se sustentaría tal denominación? ¿Qué tiene el rabino de Nazaret que no sea patrimonio común de mujeres y hombres que, a lo largo de la historia, han dado testimonio con sus vidas de que este mundo puede ser mejor, y de que los seres humanos estamos llamados a superarnos indefinidamente? Las grandes religiones de la Tierra -no sólo las monoteístas-, ¿no ofrecen todas ellas un horizonte de salvación y unos medios para avanzar hacia dicho horizonte? ¿Qué medios son los específicos del cristianismo -si es que los hay-, que acaban por dar a Cristo el título de Salvador universal?

A este cúmulo de interrogantes e inquietudes, me gustaría responder, pero no a la manera teológica, con especulaciones filosóficas de mayor o menor carga apologética, sino con el testimonio y la experiencia de mi propia vida. Por eso, lo que deberá resultar de las páginas que siguen, no es una defensa de Jesús como Salvador del mundo; sino la exposición sencilla de quién es Jesús para mí, qué representa Jesús en el conjunto de mis años, en mi manera de ser hombre entre los hombres, habitante de este mundo, y creyente en la vida más allá de la muerte.

Cuando circulan vientos, que pretenden tener carácter teológico, y que afirman categóricamente que, JESÚS NO ES NUESTRO SALVADOR*, yo, que me considero una persona enamorada de Jesús de Nazaret y un entusiasta seguidor de Cristo, no puedo menos que reaccionar en lo más profundo de mi ser. Y no porque tema que me puedan quitar la fe en el Dios de Jesús, en su salvación por amor. Mi reacción se basa en que, a mis ochenta y un años, siento que es al Jesús de los Evangelios a quien más debo en todo lo que se refiere al sentido de mi vida, y, con él, a la

* El autor se refiere a la columna nº 10 de PIENSA DIFERENTE –ACEPTA LA INCERTIDUMBRE, de John Shelvy Spong

fidelidad a mí mismo y a una existencia muy llena de experiencias de amor gratificante, de libertad y de creatividad en el espíritu. Intentaré hablar más claro.

Desde muy pronto -correría la década de mis veinte años-, la afirmación categórica del evangelio de Juan, *la verdad os hará libres*, me ayudó a comprender que, la verdad, no podía consistir en ninguna fórmula que pretendiera encerrarla como suya propia, ni mucho menos en ningún sistema de pensamiento con sus bien tramados esquemas ideológicos. La verdad de la que habla Jesús debe ser otra cosa. Y tras el estudio de la Filosofía (escolástica y secular), recuerdo, no con poco gozo, aquella conclusión que, desde entonces, ha regido mi vida: **Sólo es verdad lo que me hace verdadero.**

Si la verdad no está en relación con la vida real y total del humano, sólo será un arma de lucha entre distintas concepciones de la verdad. Pero cuando la verdad es la búsqueda constante de fidelidad de uno a sí mismo, sin dejarse dominar por ideologías de poder ni por estructuras masificadoras, ¡yo seré libre para cultivar lo mejor que hay en mí y para mejor servir a este mundo a mi paso por él!

Esta concepción viva, práctica, de la verdad, se iba afianzando en mí, poco a poco más, con la meditación continua de los Evangelios. Era el propio Jesús, hombre libre de tradiciones y prejuicios, fiel en todo a su conciencia humana y a su misión en este mundo, quien me acompañaba en mi búsqueda de autenticidad personal y de entrega a algo de valor humano universal. Así comenzó a ser mi Salvador. Mi vocación ministerial -fui ordenado presbítero de la Iglesia con veintiocho años- resultaba, tras intensos momentos (y aún periodos) de reflexión y discernimiento con los responsables del Seminario, la forma que, en aquellos momentos, me/nos pareció la encarnación de la verdad en mi propia existencia.

Y, de veras, ¡he sido libre! Libre en el ejercicio de mi ministerio, tratando siempre de desarrollar aquellas actividades que mejor parecían responder a mis cualidades personales (¿carismas?), y libre en el diálogo con mis compañeros ministeriales y con los responsables de mi Iglesia diocesana. Verdad/Libertad que, no siempre resulta cómoda, pero sí enriquecedora. Jesús me acompañaba, maestro, modelo y amigo, pidiéndome que no cediera a ningún deseo de seguridad y de acomodamiento. Jesús me mostraba que, el riesgo, es condición de éxito en el camino del servicio a los demás, del amor desinteresado.

Con Jesús aprendí a no tener miedo a nada ni a nadie. Su, *no temáis, ¡yo he vencido al mundo!*, me ha mostrado muchas veces que el temor a algo -el miedo-, es la mayor derrota que cabe en la vida de un amante de la verdad. El miedo paraliza las

mejores fuerzas del espíritu humano, y le impide descubrir las muchas ramas de lucha de que dispone, siempre que no renuncie a seguir adelante en la fidelidad a sí mismo a la misión recibida. Con Jesús me liberé de *la religión del temor* y aprendí a vivir en *la religión del amor*, donde mi vida discurre en un diálogo amoroso ininterrumpido con el Eterno Viviente.

No temáis, ¡yo he vencido al mundo! Esto, a mí, me ha resonado muchas veces así: si yo lo he vencido, ¡tú también puedes vencerlo! Jesús, mi Salvador, porque me ha devuelto la confianza en mí mismo, como hijo amado de Dios, siempre que me he enfrentado con las tentaciones de las falsas concepciones de la vida (poder, tener, prestigio). Él las venció, porque se sabía amado del Padre. ¡Yo también puedo vencerlas con la fe en el mismo divino amor! Y puedo asegurar que, si he sucumbido a veces a dichas tentaciones, ha sido cuando he dejado de escuchar a mi Maestro único, Jesús de Nazaret, y he preferido los criterios del éxito personal, antes que los del Reino de aceptar ser incomprendido y marginado en el mundo, e incluso en el medio eclesial.

En cambio, ¡qué libertad más grande, la de mi corazón, siempre que las Bienaventuranzas del Reino, han sido la inspiración de mi conducta hacia mí mismo y con los demás! Todos los miedos desaparecen de una vida que se ha olvidado de sí misma para sólo pensar en el Reino de Dios en este mundo. Cuestión que, en el seguimiento de Jesús, es imprescindible. Y no se trata de ningún heroísmo personal, sino de la aceptación gustosa, por la fe, de que Dios me ama y cuenta conmigo para su obra de salvación por el amor.

No es, por tanto, para mí Jesús el Salvador, en el manoseado sentido de que Él haya pagado a Dios la deuda contraída por mi culpa, ni por el pecado heredado de nuestros primeros padres. Tal sentido de redención está, desde hace bastantes años, lejos de formar parte de mi credo religioso. Y ello, precisamente, porque es Jesús mismo quien, con su testimonio de confianza y abandono en las manos del Padre, me ha hecho comprender que a Dios no hay que temerle en nada ni para nada. Es Padre más interesado en mi felicidad que yo mismo. Mi vida es más valiosa para Él que para el conjunto de personas que me puedan querer en este mundo con amor sincero. Es, por tanto, Jesús mi Salvador porque me ha liberado del miedo a poder ofender a Dios con mis actos, que Él siempre verá como obras de nuestra debilidad, y por ello mismo, dignas de su ternura acogedora.

A este Dios de Jesús, no le ofende mi pecado; pero sí le hace daño. Todo cuanto afea o empequeñece mi ser de hijo suyo muy amado, no puede dejar de hacer sufrir a un Padre de entrañas tan misericordiosas. Saber, por tanto, que debo luchar contra

mi pecado, porque el pecado me hace daño a mí mismo y, no pocas veces, hace daño a otros hermanos, es enseñanza de Jesús de Nazaret que debo agradecerle. ¡Qué gran libertad luchar contra el pecado, no por miedo a la condenación eterna, sino para adquirir una mayor libertad en mi entrega de cada día!

¿Jesús mi Salvador? ¡Sí! Todos necesitamos una filosofía de la vida, un paradigma al que acudimos para no perdernos en la jungla de *sálvese quien pueda*. Todos encontramos salvación del orgullo, del egoísmo, de la violencia, y de todas las mentiras existenciales que engordan el falso yo, egocéntrico, narcisista y dependiente, acogiéndonos con confianza a un buen maestro de vida. ¿Y, no es esto lo que es Jesús de Nazaret, en primer lugar, para nosotros? Pero no sólo ni principalmente por lo que Jesús ha dejado dicho, sino por su manera de vivir, propuesta como voluntad del Padre para todos sus hijos. Jesús me dice: lo que yo soy para el Padre, lo eres tú igualmente. Lo que el Padre ha hecho conmigo, es lo que quiere hacer en ti y a través de ti.

Jesús me ha salvado de una imagen falsa de Dios, al ponerme en contacto con la divinidad en el fondo último de mi ser, y saber que, donde quiera que voy, Él va conmigo. Me ha salvado de pretender por mí mismo mi realización personal, descubriéndome que soy un ser necesitado de los demás. ¡Menuda salvación esta de la humildad evangélica: la verdad de no poder ser libre y feliz sin muchas ayudas que debo agradecer y aprovechar! El amor más grande es el del amante que no quiere nada sin el amado. Así ama Dios este mundo. Así nos ama el Padre/Madre a cada uno de nosotros. Así se hace mi amor verdadero: cuando aprendo a dar y a recibir en justa reciprocidad, y me entrego a una obra de bien común, en la que desaparece todo afán de protagonismo y de intereses particulares, ante la vívida conciencia de que sólo el amor salva, y el Amor viene de Dios, es Dios.

En una especie de síntesis de los bienes recibidos, al aceptar a Jesús como mi único Maestro y mi Modelo único, está el de saber que, siendo Jesús el Primogénito entre muchos hermanos, todo cuanto el Padre ha realizado en Él y mediante Él, quiere seguir realizándolo en mí y a través de mí. Dios cuenta conmigo. Dios me necesita para su obra de salvación por el amor. Y, al hacerme hijo en el Hijo, me da la fuerza del Espíritu para vencer todo obstáculo, tanto en el camino de mi realización personal, como en el de participación creativa en un mundo nuevo, habitado por la Justicia.

La salvación que me viene de Jesús, aceptado como Maestro, Modelo e Hijo de las eternas complacencias del Padre, es salvación que comienza en este mundo (no tengo que esperarla para el más allá), con esa alegría de vivir que es fruto de una fe

experiencial, no meramente de la aceptación de dogmas y ritos. Es salvación porque ha arrancado de mi corazón todo miedo existencial, y sobre todo aquel miedo atávico a la eterna condenación. ¡Estoy salvado en el tiempo y para la eternidad! No tengo que dedicarme a mi salvación, que es experiencia de un amor derramado en nuestros corazones, al aceptar el sentido de la vida transmitido por el ejemplo del Jesús de los Evangelios. Sentido, de no poder separar mi fe en Dios de mi amor al Mundo -que Dios tanto ama (cf, Jn 3,16)-.

¿Se precisa algo más para seguir afirmando que, JESÚS ES NUESTRO SALVADOR? Su gran enseñanza de *¡no temáis!* junto a la de *vosotros haréis las obras que yo hago y aún mayores*, nos aportan la garantía de que, lo que fue su vida, es (o, puede ser) la de cada uno de nosotros. Cada humano es una vocación de infinito. En dicha vocación, cada humano que busca ser fiel a su propia humanidad, descubre un tesoro de gracias a cultivar en servicio al bien común. Y, entregado a esa tarea de sacar de sí lo bueno que tiene para ponerlo en comunión con la vida en general, experimenta y goza de esa salvación que consiste en amar la vida -la que comienza en su conciencia individual- y se enriquece, se expande sin medida, al ponerla en comunión con cuanto es vida en el universo. Conformarme con no hacer las obras de Jesús, e incluso otras mayores, es haber renunciado a vivir en su seguimiento, a tenerlo como Maestro, Modelo y Amigo íntimo. En tal caso, claro, no podré afirmar que Él es mi Salvador. Será sólo un referente religioso y un moralista de fiar, pero no la fuerza que, desde dentro de mí, me empuja a amar la vida entregándola, como sentido de la existencia humana. La verdad que me hace libre es la de no negar nada al amor de comunión, en que nos vivimos uno con Dios y con el Universo.

Cuanto afirmo de mi fe en JESÚS, NUESTRO SALVADOR, ya debe quedar muy claro que se refiere a una salvación que no es ni puede ser privada, sólo mía o para mí sólo. Nunca será mi Salvador, si no lo es de todos y de todo. Porque yo mismo no puedo ser yo sin el nosotros de la fraternidad universal. Hasta tal extremo me ha liberado Jesús de mi yo aislado que, no puedo sentirme salvado en nada, que no sea al mismo tiempo salvación de muchos. Al igual que no puedo contemplar perdición para nadie que no lo sea mía propia. ¡He aquí un matiz gozosísimo de la salvación de Dios en Cristo! No quiero salvación alguna para mí que no sea compartida con el mayor número posible de seres creados.

La salvación que yo experimento de Jesús, por la que puedo seguir llamándole mi Salvador, podría, tal vez, resumirse en estos siete puntos:

- 1) Me ha enseñado a amarme a mí mismo, como a un hijo de Dios.
- 2) Me ha enseñado a vivir al servicio del don recibido, que es la vida, donde puedo encontrar cuanto necesito para ser libre, feliz y creativo.

- 3) Me ha enseñado a disfrutar de todas las realidades buenas que pueda encontrar en mi camino,
- 4) Me ha enseñado a vivir en reciprocidad con todos los seres creados, y a poner al servicio de los más necesitados cuanto haya de bien en mí.
- 5) Me ha enseñado a vivir en constante acción de gracias.
- 6) Me ha enseñado a esperarlo todo tras haberlo dado todo.
- 7) me ha enseñado a decir YO, como quien dice DIOS.

No puedo acabar esta reflexión/testimonio, sin compartir con mis posibles lectores una idea que me viene rondando desde que comencé a escribir estas líneas. Se trata de mi convicción -una de las más firmes que acompañan mi pensamiento en relación con la actividad evangelizadora- de que cuanto se refiere a la fe religiosa, y muy en concreto a la lectura de las Sagradas Escrituras, e incluso a la explicación/aplicación del Credo, no puede manifestar toda su fuerza renovadora de la vida humana, si no se hace en el contexto de una lectura poética.

¿Qué es una lectura poética? Si aceptamos que la poesía es el lenguaje de las realidades más altas y profundas de la experiencia de estar vivo, y que, por tanto, lo poético es lo que mejor puede ayudarnos a conocernos a nosotros mismos y el mundo en que vivimos, comenzaremos a estar en condiciones de esa lectura poética del hecho religioso y de la vida en general. Que la lectura poética incluye los aspectos lógico y metafísico, pero que los trasciende al fundirlos con la mirada intuitiva y la imaginación creadora, nos conduce al hecho, milenariamente constatado, de que, la realidad es mejor captada, comprendida y asimilada mediante esa mirada/lectura que representa el fenómeno poesía.

Lo que, tanto en filosofía como en mística se expresa con el término *contemplación*, que supone un conocimiento del objeto por una especie de comunión entre el ser contemplativo y lo contemplado, puede muy bien entenderse como sinónimo de lectura poética. Si bien la contemplación religiosa o mística, incluye también elementos que podemos llamar de *Gracia*, la lectura poética, manteniéndose en un terreno secular (o puramente natural), realiza ese mismo fenómeno psíquico/espiritual de unificación vital entre el lector y lo leído.

La lectura poética de la realidad está muy cerca de lo que enseña Jesús cuando dice: *La letra mata, el espíritu da vida*. Ni lo que leemos en la escritura, ni lo que observamos en los acontecimientos de la vida, tiene una comprensión exclusivamente literal. Hay que buscar el espíritu que se esconde, tanto en la letra como en los hechos humanos. De modo que, quien no penetra hasta el espíritu, resulta ser un lector superficial, que se deja llevar por primeras impresiones, las más

de las veces, engañosas. Tendemos a proyectar en lo que leemos lo que llevamos dentro; y a creer que es verdad lo que está de acuerdo con nosotros, nuestras ideas, nuestras experiencias e incluso nuestros prejuicios. Tal lectura no puede conducirnos a la comprensión/comunión con la verdad. Por tanto, tampoco nos hará libres.

La lectura poética -o lectura en el espíritu- utiliza la razón, que le resulta imprescindible para captar la idea contenida en el texto. Pero no es esclava de la razón, como muy bien puede serlo una lectura filosófica, más pendiente de la lógica verbal que de la sensibilidad vital, es decir, de la búsqueda del mayor bien posible para el viviente. Por eso, la lectura poética completa su dimensión humanizadora con un sentimiento particular que, unido a la idea universal, libera a esta segunda de toda pretensión *fixista* y dogmatizante.

Ninguna lectura de un texto sagrado ni de una definición teológica, entendida literalmente, resultará enriquecedora para la vida de su lector, ni liberadora de atavismos y prejuicios heredados acríticamente de un pasado que nos detiene en el avance imparable de la vida. Al unir en un mismo movimiento comprensivo la idea y el sentimiento, la lectura poética nos libera del frío racionalismo, con sus pretensiones positivistas de carácter dictatorial. Quien sabe leer poesía -quien es poeta- crea al leer una comprensión personal que, siendo fiel a la idea contenida en el texto, la recrea -la hace nueva- desde su sentimiento particular, que, a su vez, queda enriquecido con nuevas intuiciones y una sensibilidad más abierta a todo lo verdadero, noble y bello. Y algo más. La lectura poética, en la que actúan, de conjunto, idea y sentimiento, intuición contemplativa e imaginación creadora, hacen a tal lector más crítico -rebelde y buscador- ante todo tipo de imposiciones que pretenden ofrecer toda la verdad.

Si lo que vengo diciendo sobre la lectura poética tiene algo de verdad -y yo creo que mucho-, se da una conclusión que es, especialmente para las cuestiones de fe, imprescindible a fin de no hacer de la religión -de ninguna de ellas- un reducto de supersticiones, unas veces, otras, de intolerancia dogmática. Porque, si la fe religiosa no es liberadora y potenciadora de los valores humanos, no merece nuestra atención.

De modo que, a mi modo de pensar, muchas de las dificultades con que se encuentran las Iglesias cristianas para evangelizar el mundo de hoy, se esconden en la pretensión de seguir haciendo una lectura literal de las llamadas verdades de fe. La lectura poética del Credo, nos ayudará a descubrir -no pocas veces sin asombro- que, todas y cada una de las verdades contenidas en el símbolo de nuestra fe, contienen un valor de vida universal, una fuerza espiritual, capaz de ayudarnos, como tal vez ninguna otra cosa en este mundo, a ser fieles a nosotros mismos y a

construir ese mundo mejor del todo irrenunciable. Creo que muchos defensores de la fe cristiana, son víctimas de un racionalismo cerval a la hora de presentar su doctrina, olvidando que *la letra mata y que sólo el espíritu da vida*. Se trata del Espíritu de la Poesía -el Espíritu Creador-. Espíritu que nos habita, con su capacidad renovadora de nuestro propio ser, y con su mirada iluminadora, para saber leer cómo Dios viene a nuestro encuentro en todas las realidades vivas.

Es, sin duda, otro Dios, otro Cristo, otra Iglesia, otra Resurrección de la carne..., los que se elevan ante nuestro espíritu (no como verdades abstractas a defender con palabras, sino como energía vital a recibir y compartir), cuando se ha superado la lectura tradicional, basada en palabras que han perdido actualmente el sentido que, en otros tiempos y otras culturas, pudieron tener.

Es por lo que yo -lector poético de la poesía de los evangelios-, he puesto mi vida entera en la confesión de que JESÚS ES MI SALVADOR. Siguiéndole a Él -Maestro y Modelo único- sé en cada momento de mi vida lo que el Padre me da en su Amor para que me realice como hijo en el Hijo, y lo que espera de mí, en mi amor al mundo, como respuesta al suyo.

¿No existe, entre la Fe y la Poesía, una alianza, un pasadizo secreto, que es preciso recorrer, una y otra vez, para no perdernos entre las mentiras bien urdidas de todos los dogmatismos -seculares y religioso-, que nos impiden ver y experimentar la hermosura de la vida real, al hacer nuestra la verdad única de que sólo el amor salva?